

otra. Este himeneo, mejor combinado que el primero, colmó de júbilo á Melcourt, el cual vive todavía y pasa sus días muy tranquilos con la interesante pareja que ayer habeis visto aquí. Elisa y Clara confesarán sin duda que Carolina es un modelo de piedad filial, y que la conducta de esta jóven no merece sino elogios.

Callaron las dos, aunque no las acomodaba la union del viejo y la niña; y lo restante del día lo dedicaron nuestros amiguitos en recrearse con la amenidad del campo.

DIA CUARENTA Y SIETE.

En este día tocó su turno á María, con motivo de un pequeño robo, verificado en la despensa de unos vecinos, por los hijos de éstos, y que causó algun escándalo en la Cartuja. El ama de gobierno refirió la historieta siguiente á los niños mas pequeños de la casa de Arleville.

LA GOLOSINA.

Madama Dumont era ya una mujer proveccta, pero de cortísimo talento. Vivía en una casita muy linda, algo apartada de las demás, y al extremo de un pueblo. La he conocido mucho cuando niña: todavía me acuerdo que me hacía mil caricias, tomándome sobre su regazo, y aún faltó poco para que me llevara consigo y me cria-

ra á su lado, para lo cual me pidió muchas veces á mi madre; pero como no tenia otra hija mas que yo, queria que la ayudase en las labores de la casa, y en verdad que ha sido mucha lástima, porque acaso hubiera estado yo algo mejor que ahora... quién sabe? Educada por una señora rica, hubiera podido figurar algun dia...

—Vuélvete á tu cuento, dijo Eugenio, temiendo que lo olvidase, por ocuparse de su persona.

—Habiéndosele muerto á madama Dumont su ama de gobierno, pasó á vivir á Paris con una hija que allí tenia casada. Tomó la señora una cocinera que le habia parecido muy fiel. Cierta dia compró una botella de elixir para el dolor de muelas, y no una botella como quiera, sino de medio azumbre, en la cual habia un licor hecho con limon y otros ingredientes, que no era nada ingrato al paladar. Parecióle á madama Dumont que no habia motivo para guardar la botella, y por consiguiente la colocó en un armario abierto; pero como al cabo de dos dias notase que su licor se habia disminuido considerablemente, se lo dijo á su yerno, el cual adivinó al momento que la golosa era la cocinera, y como era de humor festivo, se propuso divertirse á su cuenta. Esperó, pues, que la muchacha viniese á la misma pieza donde se hallaba el armario, y á presencia de aquella,

dijo á su suegra:—Ahora que me acuerdo, tenia que pedirlos, madre mia, cierto favor.—¿Cuál es, querido mio?—No teneis aquí una botella de aquel veneno lento que mata los topos? Anda una chusma de estos animalejos en el jardin, y todo lo destruyen...—En verdad que es un veneno de los mas terribles! Pobre del que lo tocase, que no duraria un mes!

La pobre muchacha, que hasta entonces habia oido con indiferencia el principio de la conversacion, quedó pasmada al oir el resto, y al ver á su ama levantarse, ir á buscar la botella, cuyo licor le gustaba tanto, y dársela á su yerno diciéndole:—Toma, ahí tienes el veneno que me has pedido.—Cielos! exclamó la pobre cocinera; veneno! veneno! ah Dios mio!... No pudo concluir, porque con el susto cayó desmayada. Corrieron los dos á levantarla, y haciéndola volver en sí, la preguntó su ama qué tenia? —Ay señora de mi alma! respondió tartamudeando, yo he bebido de ese veneno; por Dios, no me riñais, que bastante desgraciada soy!—Con efecto, añadió el yerno, ahora no hay que reñirla porque seria empeorar el mal. Pero dime, Mariana, no sentiste nada al beberlo... —Sí señor, sentia que me picaba, y esta mañana ¡oh Dios mio! qué ardor tan horrible!...

Esto era ilusion; pero la pobre Mariana lo creia firmemente.—Vamos, vamos, dijo el yer-

no de madama Dumont, es preciso darle á esta infeliz un contraveneno, y gracias á que yo sé hacerlo, que si no, correria peligro su vida.

Como ya os he dicho que le gustaba divertirse con el prójimo, tomó un vaso, llenólo hasta la mitad de vinagre, y mezclándole alguna pimienta, se lo hizo tragar á la golosa. Resultó una calentura bastante fuerte; pero no tardó en quedar libre de ella, persuadida de que habia sido envenenada, y protestó que en lo sucesivo no pondria la mano en ninguna cosa sin orden de su ama.

Ya veis, hijos mios, que todo se descubre, que nada queda sin castigo... pero allí viene vuestro padre con un caballero... vamos á ver qué huésped tenemos.

DIA CUARENTA Y OCHO.

Era el huésped Hipólito Duverney, quien por haberse caído del caballo en el camino, tuvo que irse al instante á la cama, donde le visitó su tío el señor Arleville, y toda su familia. No era de peligro la caída, y así no le impidió responder á las preguntas que le hicieron acerca de sus viajes. Estaba Hipólito muy flaco y desfigurado, y admirándose nuestros amigos de ello, les dijo:—He probado muchos disgustos en poco tiempo, y no es de admirarse que hayan hecho en mi rostro la impresion que notais. Primero, he visto morir á mi amigo, á mi único amigo, á mi respetable bienhechor.—¿Orgeval?—Sí, ha fallecido! en mis propios brazos exhaló el último aliento; y ya debéis comprender cuán sensible me habrá sido este golpe!... A los pocos dias perdí á mi buena esposa y.... pero

dejemos estos tristes acontecimientos para otro día... Quereis pasar una hora entretenidos con cierta lectura? Traigo en mi maleta las obras del marqués Albergati Capacelli, impresas en Venecia el año de 1785... Buscad el tomo undécimo, y entre las doce novelas ó cuentos morales para el uso de los niños que compuso este amable autor, hallareis una que me parece os ha de servir de gusto y de instruccion. Es la tercera... Tú, Enrique, podrás leerla, puesto que entiendes perfectamente la lengua toscana. —Ya que se me dá esa comision, dijo Enrique, haré todo lo posible por desempeñarla del mejor modo; pero cuento con la indulgencia de mis oyentes para los defectos que puedan notárseme. Dice así:

SOBERBIA,
INDICIO DE IGNORANCIA.

¡Dichoso ciertamente podrá llamarse aquel padre que además de la piedad y religion, viere descollar en su hijo un talento dispuesto para las ciencias, y una estremada inclinacion á la lectura! Sin embargo, este ardiente deseo de leer que se descubra en el jóven, exige de su padre y de su maestro, suma vigilancia en la

eleccion de los libros que deben ponerse ee sus manos inexpertas, observando cuáles son las impresiones que le causan, y andando solícito en ocultar las que puedan serles perjudiciales. Un libro inmoral que caiga en poder de un lector nécio ó distraido, tal vez hará poco daño en su entendimiento, porque el ingenio escaso, la poca reflexion y la veleidad, apenas permiten que entren en su alma máximas buenas ni malas; pero un libro excelente que llame la atencion de un lector atento, el cual á fuerza de meditarlo quiera sacar de él consecuencias, reglas y preceptos, puede muy bien inducirlo en funestísimos errores, transformando en veneno aquello que cabalmente debia ser su mas agradable alimento. Para evitar estas dolorosas consecuencias se debe preguntar con frecuencia á los jóvenes, y obligarles con afabilidad á que den cuenta de lo que han leído, porque sabiendo bajo qué aspecto han recibido sus máximas, podrá el padre ó el maestro deterrar sin dilacion sus errores, ó confirmarlos en el atinado juicio que hubiesen formado. La siguiente novela moral, demostrará si tengo razon en lo que he expuesto.

Pánfilo, salermitano, honrado aunque plebeyo, y de medianas comodidades; dotado de claro entendimiento y de una conducta irreprochable, pasaba en su patria una vida feliz y tran-

quila. No cuidaba de atesorar, y antes bien, continuando con toda escrupulosidad en el pequeño comercio que habia heredado de su padre, se contentaba con ver asegurada su modesta subsistencia. Casado con una mujer virtuosa, que habia muerto en la flor de sus años, tuvo de ella un solo hijo, sobre quien recayó todo aquel amor que Pánfilo dividia entre éste y su esposa. No conocia el buen padre mas cuidado que la educacion del niño, el arreglo de sus negocios domésticos y algun pasatiempo de vez en cuando, mas por aliviar los estudios del jóven, que por su propio deleite. Teótimo, que así se llamaba el hijo, era muy aplicado, y á los doce años tenia ya singular aficion á leer los libros que le venian á la mano. Fomentaba Pánfilo su buena inclinacion, y no rehusaba satisfacer sus deseos, que á la verdad eran dignos de alabanza.—Mucho me agrada, le decia, que además de aquellos ejercicios á que te consagras bajo la direccion de tus maestros, te dediques en los ratos libres á leer por tí solo. A mí me basta saber qué libros manejas, y qué reflexiones haces con respecto á lo que lees; y con esta condicion nunca me verás mirar con ceño la compra de aquellos libros que puedan recrearte con utilidad. Mucho se alegraba con esto el estudioso jóven, parecíanle muy suaves estas condiciones, y cada dia se manifestaba

mas pronto y diligente en su observancia. Salíó este sistema tan útil como el padre lo habia pensado, y de las frecuentes conferencias entre los dos, resultaba siempre una de dos cosas, ó quedar el hijo ilustrado sobre algun punto dudoso, ó muy satisfecho el padre, notando cuán bien habia reflexionado aquel, sacando consecuencias provechosas. Era muy recomendable, sin duda, este método, y el prudente Pánfilo una vez entre otras se valió de la práctica experimental para oponerse á la ardiente imaginacion de Teótimo á quien le parecia haber hecho un descubrimiento sublime y original. Sucedió, que habiendo entrado Teótimo alegre y alborozado sobremanera en el cuarto de su padre: —¡Oh qué cosa tan bella, dijo, acabo de leer. Qué delicia si pudiera efectuarse! Dichosos entonces los hombres! Dichosa la sociedad en la cual origina tantos desastres la malicia de éstos! —Pánfilo, que se hallaba escribiendo, soltó la pluma, y volvióse á su hijo preguntándole:— Dime, querido Teodoro, qué es lo que has leído? Qué has hallado que te cause tanta impresion? —Tal vez, padre mio, le respondió con modestia, os burlareis de mí pareciéndoos una extravagancia mi pensamiento, aunque á la verdad no podreis negarme que sea una extravagancia apetecible.—Hijo mio, te prometo no reirme. Puedo darte buenos consejos é ilustrar tu en-

tendimiento; pero nunca despreciarte ni burlarme de tí. Sin embargo, debes considerar, que ningun hombre sábio y juicioso podria jamás desear lo que fuese extravagante, y pugna-se contra las leyes establecidas por el Supremo Autor. Mas dejando este punto para ocasion mas oportuna, quiero que me digas con franqueza, qué ha sido lo que ha llamado tu atencion.—Inclinó la cabeza Teodoro á las órdenes de su padre, y respondió con su acostumbrada humildad:—Puede que yo me engañe, como ordinario me acaece, bien que me lisonjeo de no estarlo del todo. He leído en el último libro que me habeis dado, que cierto dia hubo una gran disputa entre Minerva, Neptuno y Vulcano, acerca de la maestría y excelencia de las artes, de la cual resultó haber Neptuno formado un toro, Vulcano un hombre y Minerva construido una casa. Presentándose despues las tres deidades paganas al dios Momo, que habian elegido para juez, examinó éste las tres obras, y sin hacer caso del mérito que podian tener el toro y la casa, elogió la fábrica del hombre, y solo le notó un defecto, por el cual reconvino á su autor con aspereza.—Tú debias, le dijo Momo, abrirle una ventanilla en el pecho, de manera que cada uno pudiese, abriéndola, ver lo que pasaba dentro, y conocer así sus pensamientos mas ocultos; sus pasiones, sus deseos,

y si mentia ó hablaba la verdad. Qué os parece, querido padre? Yo hallo muy singular y muy útil esta idea, y me parece que, puesta en práctica, seria facilísimo conocer el corazon humano. Apenas se sonrió Pánfilo, y dirigiéndose á su hijo con afabilidad, le contestó en estos términos:—Entre las deidades fabulosas nos pintan á Momo como un diosecillo de cortísima vista, y por eso no es maravilla que apetezca medios claros y fáciles para penetrar los pensamientos del hombre. Ya sabes el lugar que merecen estas divinidades imaginarias, y sabes no menos que el hombre es obra toda de un Dios verdadero, perfecto y Omnipotente. No te niego que de los males que observamos en la sociedad, es el primer origen no conocerse los hombres unos á otros, quedar ocultas las intenciones que abrigan en su pecho, no ver claramente los fines á que se dirijen, y oír las palabras con la incertidumbre de saber si estas proceden del corazon ó de los lábios. Pero, hijo mio, la culpa la tienen los hombres mismos, y nosotros somos los que mutuamente queremos engañar ó ser engañados. Es cierto que el corazon humano, es decir, sus inclinaciones, sus pasiones, sus movimientos interiores permanecen ocultos y escondidos; mas no te olvides de este verso:

*Que con los ojos lince de la mente
Del hombre el corazon se vé patente.*

Estos ojos del entendimiento, que Dios nos ha concedido, empleados con la prudencia necesaria, son los que inutilizan la ventanilla en el pecho humano, puesto que su vista es tan lince que todo lo examinan, y llegan á sondear lo mas profundo. No debemos por eso ser suspicaces y desconfiados; pero sí cautos y bastante reflexivos, antes de aceptar la amistad de otro y convidarle con la nuestra. Últimamente, se hace forzoso que seamos corteses y urbanos con el prójimo, sin dejar por eso de observar sus palabras y modales, y particularmente sus obras para poder discernir qué carácter, qué índole y qué intencion abriga en su pecho.

—Siendo así, replicó Teótimo, se necesita mucho para descubrir el interior, no digo yo de muchos; pero de uno solo, y nunca podremos acertar...—Te equivocas, añadió el padre, pues pocas chispas bastan para esparcir la luz necesaria. Sábetes que toda virtud y todo vicio ofrecen á un buen observador señales poco menos que infalibles de su naturaleza, y una vez conocidas, el hombre prudente resuelve para consigo, si debe huir ó buscar la amistad de aquel en quien se notan; y si no, dejémonos de teorías, y vamos á la práctica. Ya es tiempo de

dar el paseo acostumbrado: salgamos, pues, y haciendo con los hombres lo mismo que con los libros, luego que veas alguno que te cause impresion por cualquier motivo, avísame, y díme lo que piensas de él.

Salieron en efecto, y apenas llegaron á la plaza, se detuvo nuestro jóven, haciendo lo mismo su padre, que le preguntó, qué objeto llamaba su atencion?—No veis, contestó Teótimo, aquel hombre magníficamente vestido, que va caminando con la cabeza erguida, que amenaza con la vista, que no saluda á nadie, y si lo hace, es con aire de desprecio y de altivez?—Y bien, qué piensas de ese hombre?—Que debe ser algun sujeto de ilustre y distinguido nacimiento, respetable por su sabiduria y digno de aprecio por sus altos empleos, ó por sus irreprehensibles costumbres. Mirad cómo aquel se inclina para saludarle, cómo el otro le habla con la cabeza descubierta, siendo así que todavia calientan demasiado los rayos del sol!... Y sin embargo, el obsequiado personaje manifiesta desatender absolutamente las humildes atenciones de sus desconocidos.—¡Ah hijo mio! le dijo el padre, yo veo lo mismo que tú estás viendo; pero juzgo de distinta manera. Que aquel fantasma sea de ilustre cuna, podra ser muy bien, y no me causará maravilla; pero las demás prendas que supones en él, de ingenio y

de buenas costumbres, me sorprenderian mucho que en él se hallasen. Es forastero, y no lo conozco; sigámosle, pues, y lo examinaremos mas despacio.

Entre tanto, aquel entonado y soberbio señorón dirigía sus compasados pasos hácia la posada, seguido de lacayos, en quienes se traslucía la misma insolencia que orgullo y altanería en su digno amo. Si á este le pedia limosna un pobre, ó volvía la cabeza para otro lado, ó levantaba el baston amenazándole.

—Claro está, dijo Pánfilo á Teótimo, que la soberbia y la aspereza resaltan en el exterior de ese hombre. Tú le has creído un hombre grande, y es preciso saber si te has equivocado.

Observó en esto el padre que el banquero Cratilo, amigo suyo, se acercaba á hablar con el orgulloso, y que lo hacia con cierta familiaridad. Luego que se despidieron, preguntó al banquero quién era, y éste le respondió, que era un caballero siciliano á quien debia ir á pagarle dentro de una hora una letra de cambio. Pánfilo propuso hacerle compañía con Teótimo y Cratilo respondió que no tenia inconveniente.

Llegado que hubo la hora señalada, se dirigieron juntos á la posada del siciliano, el cual no detuvo en la antesala un solo momento á otras gentes que le llevaban dinero. El foras-

tero, recostado en un sofá, vestido con una rica bata de China, y con la pipa en la boca, regaló cien veces con los nombres de bruto y de pícaro á los criados, porque tardaban en traerle otra encendida. Ni aun se movió de su cómoda postura con la llegada del banquero y de sus acompañantes, y sin apartar la pipa de sus ahumados lábios, arrojó con su ingrato olor una seca salutacion á los recién llegados.

Habia pocas sillas en la pieza y estas estaban cubiertas con varios arreos del viajero, con escepcion de tres arrimadas al sofá, que ocupaban dignamente un podenco, un mono y un loro, criaturas todas tiernamente amadas del cortés é ilustrado caballero. Estuviéronse, pues, en pié el banquero, Pánfilo y Teótimo.

—Venís á traerme ese dinerillo? dijo el siciliano.—Sí señor, contestó Cratilo, sacando las monedas, y presentando el libro en que habia de firmar el recibo; pero al mismo punto que debia verificarse esta diligencia, entró un lacayo y entregando á su amo una nueva pipa, le dijo que aguardaba en la antesala un hombre que queria enseñarle no sé qué libros.—Que entre el bribon, le respondió el siciliano.—Llegó el pobre librero, y le mostró humildemente una obra en cuatro tomos.—Qué casta de encuadernacion es esta? Una obra á la rústica para un hombre como yo?—Abrió el libro, y con tardía

pronunciacion leyó: *Obras de Demóstenes, traducidas al italiano*.—Y te atreves, majadero, á venirme con esas tonterías? No quiero autores franceses. Yo en los libros franceses no aprecio mas que la pasta; y solo me gustan las obras de los antiguos. El desventurado librero que vió á su *Demóstenes* transformado en moderno y con la nacionalidad francesa, no pudo menos de responderle:—Usia se engañó que quiere burlarse de los presentes...—Cómo! interrumpió el *erudito* siciliano, encendido en cólera y echando á rodar la pipa, yo no me engaño nunca, ni menos me digno burlarme de nadie; véte fuera de aquí.—Quería el infeliz replicar; pero los improperios y amenazas del amo, y la energia y violencia de los criados, pudieron mas que sus razones; lo arrojaron á empellones fuera de la sala, y decidieron sin apelacion que Demóstenes era moderno, y muy francés.—Estos, prosiguió dando bufidos el siciliano con ira ingénua, creen que siempre tratan con tontos... ahora contad el dinero que me traeis.—Arrimóse el banquero y contó la cantidad que llevaba, entregándosela en seguida.—Ahora, dime, prosiguió el siciliano qué haré para poner dinero en Marsella? Tienes allí corresponsales de satisfaccion?—Mis correspondencias, señor, no salen de Italia.—Pues bien, con eso tengo bastante.—Pero es que

Marsella, ya sabe usia, que es una ciudad de Francia.—Tambien te metes á darme lecciones? Amigo Cratilo, sé donde está Marsella; sé qué cosa son los encajes de Marsella... Italia, Italia, buen banquero, todo esto es Italia; pero si no quieres servirme, habrá ciento que lo deseen.—Será como usia quisiere, mas yo no tengo corresponsales en Marsella; anhelo servir á usia en cualquiera otra parte que pueda; tal vez estaré engañado, y Marsella será una ciudad de Italia...—Sí, dijo Teótimo en voz baja á su padre, cuando Demóstenes sea moderno y francés.

Terminada esta breve disputa se preparó el geógrafo caballero á firmar el recibo de la cantidad desembolsada. No halló en el sofá postura que le facilitase la grande obra de estampar su nombre con letras que imitaban escarabajos, y por fin, despues de muchas inútiles tentativas, bajó del altar esta ridícula divinidad, y se arrimó á una mesa, donde habiendo probado diferentes plumas, y arrojádolas al suelo con furor, como hubiese hallado por casualidad una, que segun conceptuó, escribía por sí sola, estampó entre las fatigas y congojas que le causaba tan penoso ejercicio, el mas inútil de todos los nombres imaginables.

En tanto que se volvía al mullido sofá, llegó muy acelerado su ayuda de cámara y entregán-

dole con excesiva humildad un billete, le dijo que aguardaban con ansia la contestacion. Abrió su amo el billete, y aunque contenia pocas palabras, no dejó de gastar medio cuarto de hora en leerlo. Manifestó turbarse, y hecho una víbora mandó que le llamasen al secretario. —Señor, ha salido, replicó el ayuda de cámara. —No está el secretario en casa? Por vida de... habrá hombre mas descuidado! Pícaro! Nunca está cuando yo le necesito... Estoy vendido... Toda esta canalla no sirve para otra cosa, que para comerme el pan. Y qué haré yo ahora sin el secretario? Es forzoso contestar este billete, y yo...—(parecia que iba á decir: y yo no sé escribir; pero aunque no lo dijese, todos lo comprendieron.)—Yo me hallo sin secretario!

El banquero, acompañado de Pánfilo y Teótimo, se ausentaron y apenas llegaron á la calle, comenzaron á desternillarse de risa. Teótimo, con una admiracion muy natural, exclamaba con frecuencia:—Marsella en Italia!... Demóstenes moderno y francés... No sabe escribir ese bárbaro, y á duras penas logra trazar su nombre!—Pánfilo, al oír estas exclamaciones, y volviéndose á su hijo:—Ahora conocerás, le dice, cuán inútil seria la ventanilla ó vidriera que querias poner en el pecho humano. Lo que acabas de presenciar, ya lo has podido prever desde la plaza, juzgando de ese hombre

soberbio, y persuadiéndote de que es un ignorante.—Cierto, contestó Teótimo, he visto á un hombre soberbio, y lo he hallado ignorante! mas deberé concluir de aquí que todos los ignorantes son soberbios?—No, hijo mio; hay muchos ignorantes que son humildes y mansos; pero casi todos los soberbios están rebosando ignorancia. El hombre sábio es por lo comun afable y humano, porque conoce lo que gana con tratar dignamente á los otros; mas cuando veas á un hombre aquirotado, ceñudo y altivo, puedes conceptuar que aborrece la sociedad y el trato con sus semejantes, porque no tiene ningun mérito que le haga recomendable. Con el tiempo y siguiendo el mismo rumbo, llegarás á descubrir los demás vicios que reinan entre los hombres.

Acabada esta lectura, preguntó Hipólito á nuestros amigos ¿qué les habia parecido? y ellos á una voz contestaron que solo sentian se hubiese finalizado tan presto.—No hay duda, les dijo, que tiene mucha gracia el autor veneciano, y que su cuento está lleno de moralidad. He visto muchos ejemplares del tipo que aquí nos pinta, especialmente en los pueblos de provincia y de corto vecindario, donde por desgracia se halla todavia mucho orgullo entre ciertas familias, que sin otro mérito personal que la pretension de que descenden de un tronco

distinguido, se desdennan de asociarse con otros vecinos honrados, miran con desprecio la instrucción y gracias cuando aprenden á leer mal y á escribir peor... Pero convengamos con lo que dijo cierto poeta:

Loco estaba el mundo
Mil años atrás;
Loco le encontramos,
Loco ha de quedar.

DIA CUARENTA Y NUEVE.

Permaneció Duverney algunos dias en cama, durante los cuales ocurrió en la Cartuja un lance doloroso que vamos á referir. El señor de Arleville se habia ausentado, porque le habian comunicado violentamente, que habiéndose prendido fuego en una de sus casas de campo á seis leguas de Rosay, se habia quemado casi totalmente aquella granja. Durante la ausencia del señor Arleville se habia presentado á pedir hospitalidad en la Cartuja un jóven de familia conocida, á quien no podia rehusársele. Fué alojado en la casa de unos vecinos, mediante la recomendacion de la señora de Arleville, que no creyó conveniente llevar mas léjos su generosidad, por no estar al tanto de la actual conducta de Basilio, este era el nombre del muchacho. Al segundo ó tercer dia de su llegada, inspirado por su mala índole, se propuso destruir un sembrado de lechugas que el